



PRIMERA

CARTA PASTORAL

DEL BEMO.

A ILMO. SEÑOR LICENCIADO

D. Pelagio Antonio de Lavasida.



1835.

BX874
.L3
P7
C.1

745

VAL VERDE X TELLS
FONDO EMETERIO



BX874

.L3

P7

c.1

745



1080026588

PRIMERA

CARTA PASTORAL

QUE DIRIJE A SUS DIOCESANOS

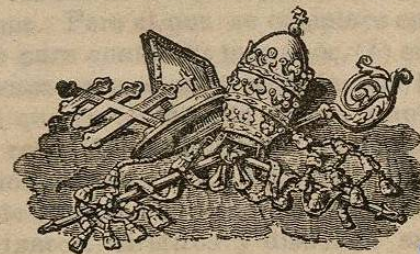
EL EXMO. É ILLMO. SEÑOR LICENCIADO

DON BELAGIO ANTONIO DE LAVASTIDA.

OBISPO

DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES,

con motivo de su Consagracion verificada en su
Sta. Iglesia Catedral, el 8 de Julio de 1855.



IMPRENTA DE JOSÉ MARÍA RIVERA,
CALLE DE MOLINA NUMERO 1.

1855.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Talleres



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41915



FONDO EMETERIO
VALVERDE TELLEZ

PRIMERA
CARTA PASTORAL

CON DIGNIDAD A SUS DIOCESANOS
EL EXCMO. E. ILMO. SEÑOR LEGISLADO
DON FELIX ANTONIO DE LAVASTIDA

DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES
con motivo de su consagración verificada en su
Iglesia Cathedral, el 8 de Julio de 1855



IMPRESA DE JOSE MARIA RIVERA
CALLE DE MOLINA NUMERO 1

1855

UNIVERSIDAD DE PUEBLA
Imprenta y Libreria

41915

NOS EL LIC. PELAGIO ANTONIO DE LAVAS-
TIDA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica, Obispo de la Puebla de los Angeles,
&c. &c.

A nuestro muy Ilustre y Venerable Sr. Dean y Cabildo,
a todo el Clero secular y regular, y a todos los fieles
de esta Diócesis, salud, paz y gracia en nuestro Se-
ñor Jesucristo.

Una de esas disposiciones misteriosas con
que la Providencia divina gobierna la
santa economía de su Iglesia, nos ha colo-
cado, hermanos é hijos carísimos, al frente de
vosotros con la suave investidura y el tiernísimo
título de Pastor. Solo ese poder que es todo de
luz y de fuerza, ese poder que comunica la cien-
cia é imprime el carácter, es capaz de esta es-
pecie de creación; porque tal nos figuramos la de
nuestra elevacion al Episcopado, considerando lo
que somos. Pero el que se complace en elegir lo
pequeño para confundir lo grande, (1) en servirse
de lo oscuro para eclipsar todas las claridades del
siglo, el que ha constituido á doce humildes pes-
cadores robustísimas columnas de la nueva Jeru-
salen, nos presenta hoy á los ojos de vuestra pie-
dad y de vuestra fé como enviados suyos para
evangelizaros, dirigiros y distribuir entre voso-
tros los inefables consuelos y los inagotables tes-
soros de la religion. Nuestro primer deber, que
procedemos á cumplir llenos de gozo en Jesucris-
to, es por lo mismo dirigiros nuestra primera sa-
lutacion, nuestra voz pastoral, esta voz que es
toda de Dios en lo que enseña, que es toda vues-
tra; esta voz consagrada por la religion como un

(1) Div. Paul. Epist. 1.ª ad Corint. 1. 27.

—4—

NOS EL LIC PELAGIO ANTONIO DE LAVAZ
ministerio y escuchada de los pueblos como la voz del mismo Jesucristo.

Qué os diremos, pues, cuando se trata de anunciaros una buena nueva; porque lo será siempre la de este desposorio místico de un Pastor con una Iglesia que sale de su viudez? Es nuestro deseo imitar el ejemplo de altísima perfección que nos dejaron en su conducta los primeros pastores, uniendo como ellos las efusiones de un corazón reconocido con las santas instrucciones de un ministerio fecundo. El Episcopado es todo de Dios: he aquí la única verdad que nos proponemos inculcaros. Tan augustó carácter no podía venir de otro principio, y es muy conveniente que esta verdad fundamental de la institución del sacerdocio sea enseñada al pueblo fiel. Os diremos, pues, una palabra sobre el carácter divino del Episcopado, la cual nos servirá de antecedente para decir os otra sobre los maravillosos efectos que deben esperarse de esta institución, mediante la cooperación eficaz de todos los fieles.

Desde que el Verbo de Dios bajó á la tierra para revestirse de la naturaleza humana en el vientre de la siempre Virgen María, inició ese orden admirable que vemos resplandecer en la economía de la iglesia. Fué su ánimo redimirnos con su sacrificio y hacernos aprovechar éste bien infinito mediante la institución de la Iglesia. En ella vemos incorporada toda la Divinidad en el poder soberano que ejerce, la Divinidad unida con la humanidad en la sublime acción del ministerio católico, del cielo con la tierra en la fé, la esperanza y la caridad que constituyen al verdadero cristiano. Este plan sapientísimo entrañaba la idea de elevar al hombre hasta la altura donde le coloca el carácter sacer-

—5—

dotal, para que fuese la luz del mundo; y comunicarle ese poder que regenera el corazón, sacándole del vicio á la virtud, para que fuese la sal de la tierra. (1) Ved aquí la Iglesia con su sacerdocio.

Esta institución, hecha para que la gloria del Altísimo resplandeciese en las virtudes y en la santidad que forman los Sacramentos, nos hace admirar, en medio de la inmensa variedad de acción que vemos en el cuadro del sacerdocio y del pueblo, la unidad divina que admiramos en la economía de la Iglesia. Jesucristo, piedra angular, escoge á Pedro, y de llama piedra fundamental sobre la cual va á edificar su Iglesia. (2) Este Príncipe de los Apóstoles vive en el Pontificado, y cada uno de los Papas, en calidad de sucesor suyo, posee su mismo poder, su misma autoridad; está revestido del mismo carácter y desempeña la misma misión que Pedro. (3) Mas este discípulo de Jesus es cabeza del Apostolado, es uno de los doce á quienes Jesucristo legó el mundo para todos los siglos, á fin de que le evangelizasen instruyéndole en las verdades de la fé, sosteniéndole en la esperanza de las promesas y gobernando su conducta para llevarle á la bienaventuranza, mediante la práctica de la ley cristiana. Ahora bien, así como Pedro vive en los Sumos Pontífices, los otros Apóstoles viven en todos los obispos católicos, que son sus verdaderos y legítimos sucesores; y así como nada importa que ellos hayan sido unos hombres sencillos, unos pobres pescadores, sin valimiento, sin riquezas, sin nombre, sin prestigio, para que dejemos de admirarlos y venerarlos como los obreros de Jesucristo, revestidos de un poder divino y ejerciendo una autoridad celestial; así tampoco nada

(1) S. Math. cap. 16. v. 18. 14

(2) S. Math. cap. 16. v. 18

(3) S. Leo. Pap. Serm. 2. in anniv. assumpt. suae.

004745

importa el valor personal de un obispo católico cuando se trata de aquella justa estimacion que merece por el alto carácter que le imprime el llamamiento de Jesucristo, su institucion en la Iglesia y su consagracion, en que recibe la plenitud del sacerdocio y la gracia de que ha menester para llenar sus augustas funciones. (1) Hay en las instituciones humanas figuras colosales que llaman las miradas de todos, grandezas que deslumbran y glorias que excitan el entusiasmo y la admiracion; pero nada de esto puede venir al paralelo con este apostolado de la Iglesia, cuyo origen se incorpora de lleno en la historia de la religion, tan antigua como el mundo, cuyos títulos están en los cielos, cuya esfera de accion es el universo, cuya duracion son los siglos, cuyo objeto es la virtud y cuyo fin último la verdadera felicidad. „Yo confundiré la sabiduría del sábio:” (2) he aquí un oráculo que resume proféticamente la accion del sacerdocio cristiano. Todos los filósofos, todos los sábios de la antigüedad gentílica estaban hundidos en aquel golfo de tinieblas que cobijaba la tierra. El mundo todo, sin embargo de sus sábios y legisladores, estaba en las tinieblas, y no habria salido de ellas, por cierto, si sobre él no hubiesen aparecido los predecesores del Episcopado, con quien hablaba Jesucristo cuando dijo: „Vosotros sois la luz del mundo.” El Apostolado en toda esa larga cadena tradicional desde Pedro hasta Pio IX, desde Santiago, Andres, Juan y los demás Apóstoles hasta el cuerpo actual de los Obispos, es la institucion á que se refiere cuanto de ilustre y noble, cuanto de grande y glorioso han pasado los siglos de la nueva era. ¿Poseéis la verdad? Dad gracias por ello al símbolo que os

(1) S. Leo. Pap. Serm. 2. in anniv. asept. suae.—(2) Isai. XXIX. 14.

dejaron los Apóstoles y os explican los Obispos. ¿Conocéis los caminos que abren al hombre una carrera moral desde la cuna hasta el cielo? Dad las gracias por ello á esa ley eterna que revelada á nuestros primeros padres, promulgada en el Sinai, llevada á su última perfeccion por Jesucristo, ha instituido una escuela de santidad, cuyos frutos consisten en la bienaventuranza. ¿Sois testigos de una alta civilizacion que se difunde por todas partes, y que, semejante á la luz, ha venido desde la primera predicacion del Evangelio estrechando los límites de la barbárie, creando sentimientos nobles, dulcificando las costumbres y haciendo al hombre mas amigo del hombre que lo habia sido ántes? Dad por ello las gracias á esa institucion divina que coloca en la abnegacion el principio de la felicidad, en el sacrificio la condicion de la vida moral, en la caridad la plenitud de la perfeccion, y en una felicidad infinita, el último destino del hombre y la recompensa de su virtud. ¿Cómo, pues, buscar en la tierra el origen del Episcopado, ni entre las tradiciones puramente humanas los datos que han de servir para conocer su carácter y calcular su importancia? El Obispo gobierna el espíritu, le forma en la fé, le sostiene en la esperanza, le afirma en la ley eterna; y estas tres cosas han venido del cielo. Todos los poderes humanos serian impotentes para crear un Obispo: una palabra de Jesucristo pronunciada por su Vicario le instituye; unas manos ungidas, impuestas por el Ministro, le consagran; y esta consagracion le ofrece como el enviado de Dios á la fé de los pueblos, como el Ministro de Dios á la esperanza de los pueblos, como el custodio de la moral á la caridad de los

pueblos, como el todo para todos los que creen: porque no hay fé sin la palabra de Cristo; no hay palabra de Cristo sin la predicacion del sacerdocio; no hay sacerdocio sin mision del cielo como enseña San Pablo. (1) Por eso la admiracion anticipaba sus homenajes á aquellos primeros heraldos del Evangelio; y á cuantos habian de sucederles en los bellos siglos del cristianismo. Aquellos hombres sin antecedentes mundanos; sin prestigio; sin celebridad; sin riquezas, tomando un báculo de madera y un pedazo de pan; allanaban las montañas, salvaban los desiertos, traspornian los mares, se repartian el mundo para el cielo: desplegaban sus labios, y los pueblos caian á sus piés. Una cruz de ignominia se enseñoreó del mundo; y mas tarde, coronando los palacios de los Césares, como habia figurado en los templos de Dios, atrajo sobre el Apostolado mismo, en la persona de los Sumos Pontífices y de los obispos católicos, ese esplendor externo con que le honra la gratitud y el respeto de los pueblos, y que es ménos la expresion de su necesidad que el monumento de sus beneficios y el ornato accidental de su grandeza. Por esto al presentarse un Obispo ante los pueblos que creen, recibe como primer tributo el corazon de los fieles. Ninguno pregunta de dónde desciende; sino quién le envía: ninguno inquiere lo que sabe, sino lo que puede; y este poder le busca, no en las influencias limitadas y transitorias del orden temporal, sino en la institucion divina del sacerdocio, que pertenece al orden eterno, como canta la Iglesia: *Tu es sacerdos in eternum.*

Tal es, hermanos é hijos carísimos, el Episcopado: divino en su origen, sagrado en su institucion, santo en su objeto, celestial en su destino, eterno en su fin.

De intento hemos querido anticipar estas ideas sobre el Episcopado; porque nada ménos habiamos menester que apoyarnos en este alto carácter de que aunque indignos estamos revestidos, para mirar frente á frente esas glorias diversas de que es depositaria la célebre y noble ciudad ilustrada por el genio y edificada por las eminentes virtudes del sábio y Venerable Palafox, digno sucesor de Garcés, por las de Santa Cruz y de Legaspi, de Lardizabal y Crespo, de Gonzalez y Alvarez, de Fuero y López, de Campillo y Perez, de Vazquez y Becerra, y de tantos Pontífices respetables que les precedieron. Esta ciudad, sensible al reconocimiento cuanto atenta al verdadero mérito, reserva y con razon estos recuerdos venerables, para esperar con ellos á sus nuevos pastores. El mínimo de todos por mil títulos está representado en nuestra persona, y por esto, al penetrar en esta Diócesis, cuyo régimen nos está cometido por Dios, hemos pagado el justo tributo de admiracion y de temor.

Pero si nos intimida, considerando nuestra pequeñez, ese brillantísimo é inestimable tesoro de luz y de santidad que depositan vuestras memorias, si nos espanta la vista de tantos monumentos que perpetúan la presencia de tan dignos Prelados en esta Ciudad hermosa y feliz; nos alienta no poco la consideracion que alentaba al Apóstol cuando decia: *por la gracia de Dios soy lo que soy*, y que lo decia sin embargo de reconocerse como el mínimo de los Apóstoles. (1)

(1) Epist. 1.^{ra} ad Corint. XV. 9. 10.

Sí, hermanos é hijos carísimos, ved, no á la persona, sino el santo carácter de vuestro nuevo pastor; carácter todo esperanza en la fé, de las ovejas, todo fecundidad en su vigilancia y en su accion. Apoyados en estas grandes ideas, no tememos hablaros sobre los efectos de esta institucion contrayéndonos especialmente á vosotros.

Ya veis que nos eximimos de pasear con vosotros una mirada cristiana sobre los asombrosos efectos del Episcopado en el mundo; y tanto mas cuanto que os acabamos de decir algo sobre esto. Hablamos únicamente de Puebla gloriosa y grande por sus prelados. Mas no por esto imaginéis que queremos perdernos en ese golfo de claridades que nos presenta vuestra historia; no nos detendremos mucho en enseñaros lo que poseéis, ni en deciros aquello de que sois testigos; bástanos lo necesario para reconocer en esto los efectos admirables del Episcopado.

La ilustrada piedad de esta Diócesis y especialmente de su capital; esta piedad que se ha sostenido al traves de tantas vicisitudes por donde han pasado las costumbres de nuestra sociedad; esta piedad que todavía recuerda el siglo de nuestros padres, necesita una explicacion, y no tiene otra que el noble y constante celo de los ministros sagrados. Este sacerdocio que así se ha esforzado en dar gloria á Dios dirigiendo las conciencias y formando las virtudes de los fieles, es, hermanos é hijos carísimos, el monumento de esa laboriosa y constante tarea, de esa solicitud apostólica, de esa no interrumpida vigilancia de vuestros obispos. El primer objeto de su ministerio y el que siempre ha empeñado sus afanes, es la formacion de los ministros del santuario, es la riqueza de luces y de ejemplo que

forman el entendimiento para la verdad, disponen el corazon para la virtud y asocian las ciencias y la moral mas pura en la persona de aquellos que han de recibir la imposicion de las manos.

Por donde quiera que llevemos nuestras miradas, encontramos testimonios brillantísimos, á cual mas ilustre, de la solicitud pastoral. Estos monasterios, nobles y santos asilos de la virginidad y la penitencia consagradas á Jesucristo; esos establecimientos de caridad abiertos al huérfano sin nombre, á la doncella en peligro, á la ancianidad impotente, al dolor del pobre, conservan con el culto de la gratitud la imágen de algun Obispo colocada en sus muros antiguos mucho ántes que la palabra filantropia viniése á buscar un asilo en nuestros diccionarios; ese noble y glorioso plantel de virtud y de ciencia, cuna de tantos sacerdotes beneméritos, de tantos respetables ministros, de tantos sábios de primer orden, ese Colegio Seminario indeleblemente unido al nombre del Venerable Palafox; todo esto manifiesta todo lo que un Obispo es capaz de hacer por la eficacia de su carácter sagrado en favor de los pueblos, y todo lo que defacto han hecho por vosotros los que os han gobernado.

Aun en el orden puramente humano, ese orden accidental que no pocas veces se conserva y perfecciona por la accion indirecta del ministerio católico, tiene mucho que ofrecer á la admiracion en esta religiosa Ciudad. No era necesario por cierto descender á este punto; pero tampoco podemos pasarlo en silencio cuando hablamos en una ciudad que bajo cierto aspecto puede considerarse como el verdadero museo de las artes en la República mexicana. La escultura, la pintura, el cincel, la arquitectura tienen aquí

monumentos de primer orden: nuestra Catedral recibe sin sorpresa los tributos de la admiración que le prodigan los artistas; nuestras iglesias tienen todas altos pensamientos en sus cuadros y mucha riqueza artística en sus paramentos y vasos sagrados. Pero, admirando, como es debido, el talento del hombre en estas obras maestras del arte, reconocemos en la formación del artífice y en la obra de sus manos el pensamiento religioso y el impulso sacerdotal. De esta suerte vemos aquí á la religión dominar todas las cosas, como hemos visto al Episcopado formando con el sacerdocio y por sí mismo el espíritu religioso de esta vastísima Diócesis.

Mas, explicando por el carácter y el espíritu del Episcopado tan maravillosos efectos, no podemos ménos que llamar la atención hácia la sorprendente economía que presenta en su acción todo el cuerpo sacerdotal. Es este un reino fuerte en la unidad, porque sin ella no existiría. Cuanto hay de progresivo en la acción de cada Iglesia entraña tácitamente, como una condición proporcionada siempre, la unidad de un sacerdocio; cuanto hay de retroceso y decadencia, de parálisis y consunción, implica necesariamente la división de este sacerdocio mismo. No podía ser de otra manera, cuando Jesucristo dijo que „todo reino dividido sería desolado.” (1) Gracias á Dios que no tenemos que lamentar en nuestro sacerdocio ninguna división esencial; pero justamente adictos á este plan de perfección conforme al cual el estado eclesiástico ha sido instituido, no queremos tampoco desconocer que aun en un orden puramente accidental son funestas las divisiones. No es necesario que se divida el sacerdocio, como sucedió en el Norte de la Europa en

(1) S. Marc. III. 24.

principios del siglo XVI, basta que se divida el hombre en el cuerpo de los ministros, para que se esterilice su acción.

He aquí por qué, hermanos carísimos, venerables Ministros del Santuario, dignos cooperadores que Dios nos depara para la grande obra de la santificación y salvación de estos pueblos, he aquí por qué, al bosquejar el cuadro grandioso de los efectos del Episcopado en Puebla con motivo de nuestra institución canónica para suceder en esta silla al sábio y respetable Obispo que acabamos de perder, no hemos querido que se nos escape de las manos esta oportunidad para exhortaros á todos á la union recíproca entre vosotros, y á la union de todos con vuestro nuevo Prelado. Así unidos, el Dueño exclusivo del poder, hará por nuestro ministerio cosas grandes y maravillosas en favor de estos fieles que nos están encomendados.

Mucho hay hecho sin duda por tantos obispos eminentes; pero es preciso convenir en que queda mucho por hacer. No sería poco, y nos llenaríamos de consuelo en ejecutarlo, el reparar los estragos del tiempo y del siglo en las grandiosas obras que han venido legando nuestros predecesores á nuestra solicitud y nuestro celo pastoral; pero además es preciso continuar su obra, dando á todo el impulso conveniente para que toque los términos de la posible perfección.

No entraremos por cierto en el prolijo examen de las causas que han influido en la decadencia de tantos establecimientos útiles, en el extravío de las ideas sobre puntos de la mas alta importancia y en el estrago de las costumbres: conocidas por el sentimiento mas bien que por el estudio, no hay necesidad de esta triste investi-

gacion. El hecho es que un lamento general que se escucha en todas partes, denuncia muy á pesar nuestro la presencia de los males. Los primeros obispos como un Garcés y un Quiroga, tuvieron la bien ardua tarea de hacer pasar de la idolatría á la religion á las antiguas tribus de Tlaxcala y Michoacan; á los obispos de hoy toca, no solo conservar el rico tesoro de la piedad antigua, sino reparar los estragos que ha resentido ella, por el funesto influjo del siglo. Hemos llegado á tiempos en que se razona mas y se cree ménos; y es necesario volver el raciocinio á los linderos de la fé con la predicacion del Evangelio, donde hallamos en abundancia misterios y luces: misterios para la fé, que los acepta sobre la certidumbre incontrastable de los motivos de credibilidad; luces para la razon, que ha salido del caos bajo el influjo reparador del cristianismo. Es necesario que la moral pública se vigorice mas y mas con la práctica de los preceptos, y que ciertas opiniones que se han hecho lugar bajo el doble influjo del interes y de otras pasiones, cedan el campo á los verdaderos principios de la conducta cristiana. Acá de los mares tambien nos estamos haciendo la ilusion de pertenecer al siglo de las luces; pero el hecho es que hoy buscamos en vano los sucesores de aquellos hombres antiguos que poseian el doble tesoro del pensamiento y de la accion; pensamiento que ha dejado en las bibliotecas monumentos de gloria imperecedera; accion que muestra en los establecimientos de educacion pública, de religion y de caridad títulos perdurables al reconocimiento de todos los pueblos. Es, pues, necesario reanimarlo todo, abriendo á la juventud una carrera de luces y virtudes y sos-

teniéndola en esta difícil marcha, impulsando todos los establecimientos diversos de que os hemos hablado, y honrando la memoria de nuestros predecesores, no con faustosos y estériles elogios, sino con el empeño noble de conservar, adelantar y perfeccionar lo que ellos nos dejaron.

Para esta obra de conservacion y de adelanto, contamos en primer lugar con el auxilio poderoso de Aquel que para llamar suave su yugo y ligera su carga (1) nos da la gracia, con la cual todo se puede, y el amor, con el cual todo se quiere; y para adquirir esta abundancia de socorros y auxilios, tenemos la eficacísima proteccion de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, bajo cuyos auspicios, en el culto de su Concepcion Inmaculada, vive toda esta vasta Diócesis, hemos caminado y caminaremos constantemente nosotros.

Mucho nos alienta igualmente la cooperacion eficazísima que aguardamos de nuestro muy Ilustre y Venerable Cabildo, que con haber puesto sobre nos su muy respetable atencion y sus ojos para el gobierno de esta Iglesia, nos ha dado, no solamente una prenda de gratitud, sino tambien un dato seguro de esperanza.

Contamos así mismo con el celo, eficacia, solicitud, espíritu evangélico, ciencia y virtud de nuestro Venerable Clero secular; con el auxilio importantísimo del Venerable Clero régular de nuestra Diócesis; con las fervorosas y puras oraciones de tantas vírgenes consagradas á Dios en el retiro de los claustros, y con la docilidad de todos los fieles que constituyen nuestra grey.

Mucho esperamos así mismo para el feliz éxito de nuestra administracion pastoral, del auxilio poderoso de la autoridad temporal. Los

(1) Math. XI. 30.

gobiernos católicos se glorían de prestar á la Madre comun su valioso contingente, como ella se complace en elevar sus ruegos al Rey de los reyes por la prosperidad de los gobiernos.

Esto es lo que teníamos que decir, hermanos é hijos nuestros á quienes tiernamente amamos en Jesucristo. En él os dirigimos esta primera carta, esta primera y universal salutación del Pastor á su grey, esta sencilla pero sincera manifestación de los sentimientos que nos animan respecto de vosotros. Nada podemos por nosotros mismos, nada podríamos jamás; (1) mas lo podremos todo, no lo dudéis, mediante la gracia que Dios comunica á sus enviados, y la cooperación que de parte nuestra exige esta gracia misma. Cooperad, pues, de todos modos para obras tan grandes, y vosotros entónces seréis para nosotros lo que para Pablo el Apóstol eran los fieles de Filipos, nuestro gozo y nuestra corona. (2) Así lo esperamos y se lo pedimos al Señor Dios Trino y Uno, en cuyo nombre os mandamos nuestra bendición pastoral.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de la Ciudad de la Puebla de los Ángeles, firmada por Nos, sellada con nuestro escudo y refrendada por el infrascrito Secretario de Cámara y gobierno, á 8 de Julio de 1855.

Pelagio Antonio,

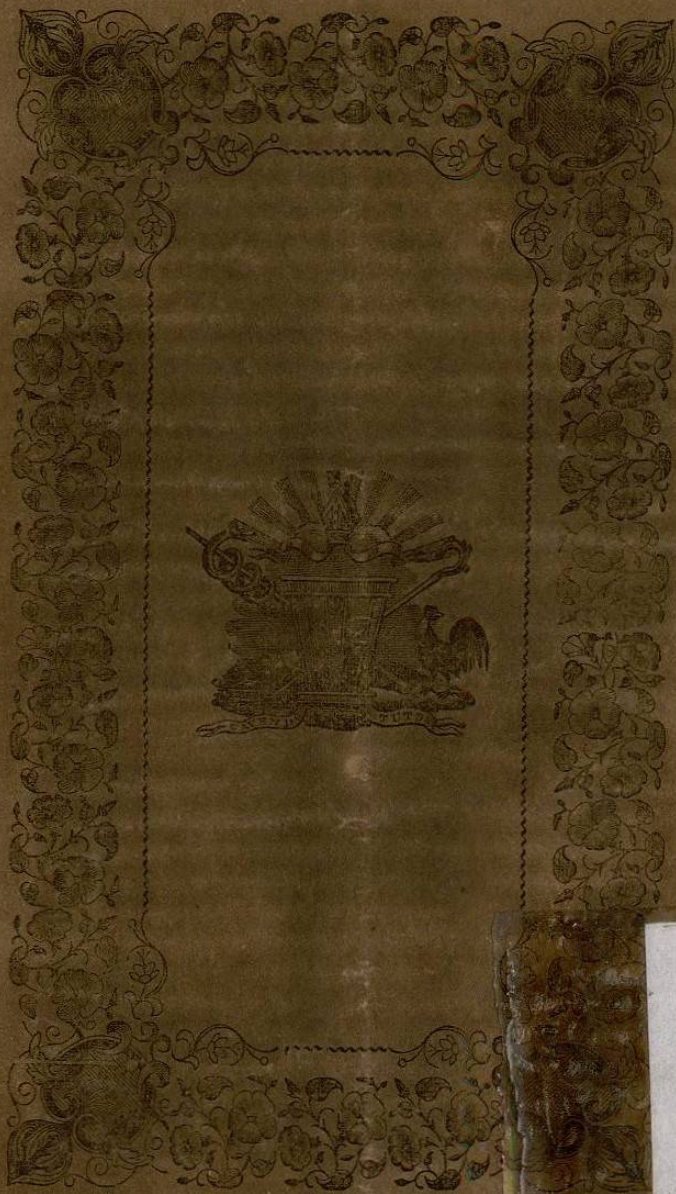
Obispo de la Puebla.

Por mandato de S. E. I.

Lic. D. Manuel Ladron de Guevara,

Secretario.

(1) Joann. XV. 5.—(2) Cap. 4. v. 1.



004